

# El retorno

SON LAS CUATRO DE LA TARDE DEL 10 DE NOVIEMBRE DE 1990. Una última mirada al patio, a los cuartos, a los cientos de libros; a nuestros queridos cuadros –una colección de obras de pintores cubanos contemporáneos, casi todos regalos personales. Rumba, nuestra perrita fox-terrier, me sigue a todas partes, se ha percatado de que algo raro hay en el ambiente. Al parecer le pegamos la tristeza y el temor que sentimos en vísperas de nuestra próxima aventura.

Afortunadamente ya no queda tiempo para pensar. Tras una revisión final de todos nuestros documentos arrancamos para el aeropuerto. Tantas veces he hecho este viaje que conozco cada bache.

Tenemos que estar en el aeropuerto tres horas antes de la salida planificada del avión; tres horas que me parecen tres años. Mi auto *Lada* descachado y resoplando como un rinoceronte centenario, estado que adquirió a raíz de un choque terrible con una guagua, se comporta como un héroe. No falla ni una vez en el camino largo al aeropuerto.

A los acompañantes no se les permite entrar en el edificio de la terminal aérea. Jesús, mi ex-amor, mi ex-esposo y ahora amigo de por vida, se despide de mí y de Dani, nuestro hijo chico. Estoy poniendo punto final a casi treinta años de vida en Cuba.

Para los amigos, compañeros de trabajo y familiares nos vamos, Dani y yo, a pasar un mes de vacaciones en casa de mi madre. Yo tengo que participar en un congreso antes de poder seguir viaje a la casa de mi infancia. Dani y yo sabemos que no regresaremos. Los demás no lo saben; no lo deben saber para que no se les pueda reprochar no haber impedido nuestra salida. Me siento como si tuviera un letrero lumínico en la frente que dijera: «No regresaremos». Tengo miedo: si me revisan minuciosamente, van a encontrar todos mis documentos, diplomas, certificados, incluso libros que no tienen por qué estar en la maleta para un viaje a un congreso, menos para ir de vacaciones; van a encontrar mi pasaporte alemán. ¿Por qué –podrán

preguntar— tienes dos pasaportes? Y yo no estoy segura de si mi posible respuesta los ha de convencer.

Las formalidades de rigor abarcan tres pasos fundamentales: despacho del equipaje, control del pasaporte y aduanero. En cada uno de ellos puede suceder una catástrofe. Estamos chequeando el equipaje. El funcionario cubano mira la pesa. «Su maleta tiene diez kilogramos más de lo permitido; tiene que sacar las cosas que no le resulten imprescindibles, porque ¡así no se puede...!» Desesperada le pregunto: «¿El avión va lleno?»

El funcionario no responde, sólo está mirando mis papeles. Noto que se le ilumina la cara y, en vez de responder a mi pregunta, me dice: «Mónica, ¡al fin la tengo delante de mí! Quiero que sepa que su último programa en la radio levantó polvo como loco, esto de que ella tiene necesidades iguales que el hombre... Me parece que Vd. exageró, aunque, por cierto, hay hombres torpes y bastante brutos...»

No tengo ánimos para escuchar su análisis de mi último programa de radio sobre las supuestas y reales diferencias entre el hombre y la mujer en lo referente a la esfera sexual. Quiero, simplemente, saber si mi maleta completa, con todo lo que lleva adentro, puede hacer el viaje conmigo o no.

Al fin el funcionario se percata de que estamos en el aeropuerto, de que le corresponde despachar las maletas para el vuelo número tal más cual y que tiene que tomar una decisión respecto a mi sobreequipaje.

«Mónica, esto se resuelve enseguida, ¡no se preocupe! He tenido mucho gusto en conocerla. ¿Cuál va a ser el próximo tema del programa radial? ¿Estará de regreso en tiempo?»

«Por supuesto», le contesto y ya bastante intranquila lo guío otra vez hacia el asunto de la maleta: «Y ¿qué podemos hacer con mi equipaje? No puedo sacar nada y necesito las cosas que están dentro»

«Mónica, ¡por Vd. hago cualquier cosa! Su maleta sólo pesa veinte kilogramos. Los diez restantes los despacharé con el pasajero que va detrás de Vd. Total, él lleva sólo un maletín y el avión volará con menos de la mitad de su capacidad de carga. No hay ningún problema. Le deseo un buen viaje y que regrese pronto. Yo no me pierdo ninguno de sus programas, ¿por qué no amplía un poco el tema de la semana pasada? O, a lo mejor le escribo para que me conteste directamente a mí. ¿Verdad que me va a contestar exclusivamente a mí?»

«¡Claro que sí, siempre estoy contestando exclusivamente a las preguntas del público!», replico, sintiendo mucho tener que mentirle a este funcionario amable que acaba de sacarme de un gran aprieto.

Seguidamente nos dirigimos a la casilla de inmigración, la valla más difícil de saltar.

Una teniente le pide el pasaporte a Dani. «Ojalá el muchacho no confunda los bolsillos, porque si saca el documento alemán, aquí mismo se acaba nuestro proyecto», pienso, aparentando indiferencia.

Me parece que los relojes están detenidos, que el tiempo que se toma la teniente para la revisión de los papeles de mi hijo no termina nunca. Al fin lo

dejan pasar a la próxima prueba, la de la aduana. Y ahora me toca a mí ser analizada por la teniente.

En el bolsillo derecho tengo el pasaporte cubano, el que corresponde enseñar ahora; en el izquierdo el alemán que debo dejar escondido. La teniente hojea minuciosamente el documento, como si estuviese atendiendo a la única pasajera del vuelo a Berlín. De vez en cuando levanta la vista para examinar detenidamente mi cara. Miles de ideas me pasan por la mente. La teniente se levanta y se va, llevando consigo mi pasaporte. La tensión nerviosa resulta insoportable. «Es por la maldita foto que me sacaron en la Casa de los Monstruos» (así llama la gente a la única institución en aquellos momentos existente en La Habana para hacer fotos de pasaporte), pienso, pues ciertamente hay que recurrir a mucha fantasía para poder encontrar la similitud requerida entre la fotografía y el original.

Por suerte, también esta espera tortuosa termina. La teniente regresa y me devuelve mi pasaporte cubano. Ella no sabe que nunca más en mi vida lo voy a utilizar. Me dice: «¡Que tenga buen viaje!» Y aprieta un botón desde su jaula, que acciona la puerta más importante en este instante. Teóricamente ya no existe ningún obstáculo para poder tomar el avión a Alemania. Siento tremendo alivio, pero guardo en algún rincón de mi fuero interno una dosis de desconfianza y de miedo y pienso y vuelvo a pensar: «No puedes sentirte segura antes de que el avión haya atravesado por lo menos Las Bahamas» (he hecho más de un viaje de trabajo, en que el avión de turno regresó a La Habana por algún defecto técnico, después de haber volado más de media hora).

Han pasado dos horas desde que Jesús nos dejó en la terminal. La revisión aduanera debe ocupar muy poco tiempo. La maleta grande se despachó al comienzo de nuestra peregrinación, ya debe estar en el contenedor al lado del avión. Sólo queda por revisar el equipaje de mano y soportar el cacheo que se practica con ahínco y meticulosidad cuando los aduaneros encuentran a una persona sospechosa de esconder algo prohibido.

El puesto de control aduanero esta tarde se encuentra en manos de un grupo de funcionarios muy jóvenes. Se parecen más a alumnos de la escuela secundaria que a empleados públicos de la aduana. Se ríen, hacen chistes e intercambian cuentos de los acontecimientos más recientes de su vida privada. A Dani lo despachan en un santiamén. Ahora me toca a mí. Veo cómo dos de los jóvenes se dan codazos. Uno comunica al otro mi presencia, mi nombre y oigo cómo le dice en voz baja: «Pregúntale a ella, Manolo, ¡aprovecha la oportunidad!»

Como un niño chiquito sorprendido haciendo alguna travesura, me mira de soslayo y solicita a su colega que me haga ella la pregunta que él no se atreve a pronunciar. Acompañando su planteamiento de una risa nerviosa, mirando al piso, buscando las palabras como si fuera necesario envolver en un vocabulario rebuscado el tema a tratar, ella trata de ayudar a su compañero. Estoy acostumbrada a tener que adivinar cuando del tema sexual se trata. Y tal como tengo la costumbre de proceder en mi programa de radio, repito, con palabras muy simples, toda la historia-pregunta que me acaban de hacer. El

grupo de jóvenes me mira con caras de satisfacción y de alivio. Para asegurar haber captado correctamente su preocupación expresada de forma tan complicada como si estuviésemos jugando a las escondidas, pregunto: «¿Es esto lo que quieren saber?» Un coro disonante de «SI», de nuevo acompañado de risas, es la respuesta. El hielo está roto. Debatimos largo rato. Siempre me ha gustado el intercambio con los jóvenes. Por un momento se me olvida por completo que no estoy en el aeropuerto para ofrecer una charla sobre problemas de convivencia y conflictos generacionales. Cuando me están haciendo la quinta o sexta pregunta, me doy cuenta de que hay una cola larga detrás de mí, pasajeros que esperan poder pasar el control de la aduana para tomar sus aviones respectivos. Los muchachos se despiden de mí muy efusivamente, me dan las gracias, me desean un buen viaje y me piden que regrese pronto. «¡Claro que voy a regresar pronto!», miento y continúo cargando mi conciencia con sentimientos de culpa.

Queda casi una hora de espera. Subimos a la cafetería. El aire acondicionado no funciona; hay un calor pegajoso y huele a sudor, a diferentes tipos de bronceadores, a café con chicharos, a pan quemado y fritura mantecosa. Turistas tostados por el sol de Varadero, algunos con quemaduras que les harán recordar –todavía semanas después de su regreso al frío inhóspito de sus países nórdicos– la calidad del sol tropical, conversan, toman cerveza *Hatuey* o sorben un último «mojito» antes de retornar a la vida cotidiana. Escucho palabras en holandés, alemán, francés e inglés. Trato de seguir el hilo de alguna conversación. No puedo concentrarme. Por mi mente pasan tantas vivencias y tantas ideas que estoy atolondrada. Y constantemente se impone el temor, el miedo de que alguien pueda acercarse a nosotros para decirnos que no se nos permite viajar, que regresemos a nuestra casa, que allí se nos dirán las razones...

No aguanto más esta atmósfera maloliente y ruidosa. «Acompáñame a pasear por las tiendas de abajo», le sugiero a Dani.

Las tiendas están vacías de clientes, llenas de dependientas que conversan en grupos. Apenas me permiten mirar la magra muestra de mercancías expuesta cuando se abalanzan sobre mí, bombardeándome con preguntas. Se dirigen a mí como si fuera su confidente. Me tutean. Parece que mi último programa en la radio, en el que traté un tema escabroso por excelencia para los cubanos, encontró la aprobación de la mayoría del público femenino. Recuerdo que suscitó un debate muy acalorado y llamadas cargadas de agresividad por parte de algunos oyentes como también de aplauso y felicitación por parte de otros. Se trataba de las necesidades sexuales del hombre y de la mujer y de los derechos de ambos a satisfacerlas. Algunos hombres me llamaron durante el programa para manifestar su indignación, insultándome. Otros –al parecer por primera vez en su vida– habían cavilado sobre la aceptabilidad de mi planteamiento de que la mujer tiene iguales necesidades sexuales que el hombre, de que la manifestación varía individualmente y de que la satisfacción depende enormemente de las circunstancias y características ambientales. Me acuerdo que hice mucho hincapié en aspectos tales como el

amor verdadero en lugar de la competencia mecánica, el intercambio de caricias, de ternuras, la necesidad del respeto mutuo y de la consideración, de la prohibición de exigencias inaceptables, de la imposición y de la coacción en la relación de pareja. Había tocado un punto álgido de los machistas que siguen un programa sexual riguroso, sin contemplación, sin perdón a sí mismos y a su pareja, de acuerdo con el cual el hombre tiene que ejercer la función sexual diariamente, aunque no sienta ganas o esté indispuerto. Y la mujer tiene que servirle como objeto. Para una gran parte de la población masculina, la sexualidad es una función mecánica y una demostración de la medida de su hombría. Si surge un embarazo involuntario (para ella), el hombre se siente confirmado como semental potente y manda a la mujer al hospital a que le practiquen un aborto. Total, es una operación de rutina que no cuesta nada y que los médicos saben hacer bien. Lo de los riesgos, los peligros para la salud y, a veces, para la vida de la mujer, es puro cuento. Y la consideración ética y moral en torno al aborto no cabe en la mente de hombres con actitud y conducta machistas, para quienes «hacer el amor» significa practicar un deporte sexual, cumplir un programa cuantitativo sobre el colchón, en la playa, en la hierba, acostados o de pie o flotando en el agua y para quienes el mejor «amante» es el que tiene en su lista el mayor número de actos realizados y de nombres de mujeres conquistadas. Una réplica más o menos con este contenido le había lanzado a la cabeza a un hombre que me había llamado por teléfono durante este último programa radial, vanagloriándose de su condición de hombre, de sus cualidades inigualables en el campo amoroso, quejándose al mismo tiempo de los deseos infantiles, «absurdos» e inmaduros de muchas mujeres que preferían «cosquillas» a la función magistral del «señor pene».

Las dependientas comentaban vivamente mis argumentos y los de las partes contrarias. Hubo divergencias, pero no agresividad. Cuando me despedí, dos mujeres de la tienda me hicieron señas, indicándome que las esperara.

La interesada y necesitada de consejo y orientación obviamente había delegado en la otra la función de representarla. Con mucho disimulo me susurró al oído el problema de su colega: había abortado hacía poco y quedado embarazada nuevamente antes de transcurrido el tiempo necesario para restablecerse de la intervención quirúrgica. Por supuesto, este embarazo tampoco lo quería llevar a término, fue involuntario. Su esposo no había podido esperar el tiempo requerido para que las heridas causadas por la maniobra abortiva se curaran y ella, sumisa y sin fuerza de voluntad, se había entregado a sus exigencias.

Y allí me tenían otra vez, sólo a pocos minutos de terminar mi estancia en Cuba, enfrentándome al problema más frecuente, más contradictorio y más difícil de abordar y solucionar de los múltiples problemas objeto de mi labor cotidiana de los últimos diez años: el aborto. Sentí pena por esta mujer y al mismo tiempo indignación y frustración. ¡Cómo jugaban con su salud tantas y tantas mujeres cubanas, sabiendo perfectamente que se arriesgaban a graves daños, incluso a perder la vida! Y siempre recurrían a un pensamiento mágico digno de un niño pequeño: no me va a pasar nada.

Le anoté en un papelito nombre, dirección y teléfono de uno de mis ex-colegas, un ginecólogo no sólo muy competente, sino también con experiencia en ayudar a superar conflictos de esta envergadura. Yo, con un pie en el avión, no podía ya hacer otra cosa que delegar en él la compleja tarea de tratar de disminuir los daños ya causados a esta pobre mujer. Le deseé mucha suerte. En efecto, la iba a necesitar. Con lágrimas en los ojos me dio las gracias y se despidió de mí.

Faltaba media hora para ser llamados a presentarnos en la puerta de salida. La vendedora de tabacos, cigarrillos y libros, que había observado desde su quiosco mi conversación con sus colegas del puesto de venta de al lado, solicitó, a su vez, mi presencia. Tras un panegírico bastante cursi, presentado con palabras rebuscadas y gestos un tanto exagerados (parece que empleó estos recursos oratorios para «entrar en confianza»), María Antonia me relató sus cuitas matrimoniales con lujo de detalles. Una vez más me quedé asombrada ante la franqueza y desinhibición con las que personas nunca vistas antes, totalmente desconocidas para mí, me contaban sus vivencias, venturas, aventuras y desavenencias más íntimas.

«Mi marido tiene trastornos nerviosos, y para tranquilizarse se toma todos los días varias cápsulas de Diazepam. Esto le ayuda muchísimo, pero cuando queremos hacer el amor, la naturaleza le falla, él no puede».

«Si pudiera, sería un milagro», le repliqué. «¿El médico le recetó esta cantidad de tranquilizantes?»

«No, qué va, tú sabes que como escasean, sólo le está dando un tratamiento a base de ‘bla-bla-bla’, le orienta que haga esto, lo otro y aquello, pero sin medicamento él no puede resolver su situación. Un amigo farmacéutico le consigue las cápsulas, ¡por suerte!»

«Yo diría por desgracia, pues tomando este medicamento sin control médico, lejos de resolver sus problemas los está profundizando, y con el tiempo le resultará muy difícil salir de este círculo vicioso que ya se ha creado. Porque el Diazepam es un inhibidor por excelencia de la erección, es decir, aún por mucho que él quiera, la naturaleza –como Vd. lo denomina– le va a seguir fallando».

María Antonia quedó perpleja. No quiso creerme. Le expliqué el mecanismo de acción de los tranquilizantes. Ella terminó balbuceando palabras de agradecimiento y dándome un abrazo efusivo. «¡Qué barbaridad, entonces estamos haciendo todo lo contrario de lo que deberíamos!», comentó aún con un dejo de incredulidad en la voz. Le señalé con el dedo índice el libro *El hombre y la mujer en la intimidad* (del cual había realizado la revisión técnica) que estaba expuesto en su quiosco y que ella debía vender por dólares a turistas extranjeros. Le sugerí que se leyera el capítulo que trataba justamente el asunto de su interés. «Enséñeselo también a su marido, para que sepa que él no es el único con este problema y para que los dos juntos traten de superar la situación difícil que no requiere ningún tipo de medicamentos, pero sí una buena dosis de conocimientos, voluntad, sensibilidad y ayuda profesional. Aquí le anoto el nombre y el número de teléfono de un buen colega mío que

los puede apoyar. Es una persona muy competente y discreta y si le dice que yo le dí sus señas, estoy segura de que los atenderá muy pronto. Y ahora tengo que despedirme de Vd. porque están llamando a los pasajeros a que aborden el avión. ¡Le deseo mucha suerte!»

«¡Espera un segundo, Mónica, no te vayas todavía! Quiero pedirte un último favor: ¡fírmame este libro!» Sacó uno de los ejemplares del estante y me alcanzó un bolígrafo.

«Pero, María Antonia, este libro no es suyo, es mercancía que debe vender».

«Ahora que sé que trata también sobre el problema nuestro, este libro es mío. Tú no sabes lo feliz que me siento de haberte visto y hablado. Mira, muchacha, esta suerte la tengo que coronar con tu firma en mi libro».

A María Antonia le hice el favor que ella me solicitara con tanta insistencia. Con esta última firma de un libro publicado en Cuba con la sensacional tirada de trescientos mil ejemplares, que vio la luz a lo largo y ancho del país gracias a mi persistencia y tenaz lucha contra bastiones de mojigatos, hipócritas y burócratas que veían en él una amenaza capital a la moral, un detonador de la sexualidad (como si en Cuba la sexualidad no explotara todos los días) era de repente consciente de que había terminado una etapa importante de mi existencia, de que nunca más iba a tener tantas satisfacciones en mi vida profesional, ni tampoco a sufrir tantas decepciones, temores y disgustos como los experimentados desde que el trabajo de educación, orientación y terapia sexuales se había convertido en mi campo de batalla cotidiano.

Ya nadie me llamaría «La temible», «La corruptora de menores», «La obsesa sexual», «La defensora de las mujeres» o «La reina del condón» o, simplemente, «Mónica, de educación sexual», título honorífico que sustituyó durante años mis apellidos oficiales.

Ya no habría de contestar cientos de cartas, ni responder a llamadas telefónicas que desde los lugares más remotos del país me hacían personas pertenecientes a las capas sociales más diversas, representando una gama de ideologías sexuales extraordinariamente versátil, contradictoria por excelencia y, a menudo, verdaderamente folklórica.

Ya no recibiría cartas anónimas con los insultos y acusaciones más horribles que van más allá de lo imaginable. Ya nadie se vería en la necesidad de recurrir al anonimato más absoluto para comunicarme su fantasía morbosa, sacando de revistas y periódicos la cantidad requerida de letras para componer verdaderas obras de *collage*.

Tampoco seguiría recibiendo solicitudes de ayuda, ni visitas anunciadas ni inesperadas. Ya nadie me haría preguntas durante el breve tiempo de espera ante un semáforo o en el camino al comedor o en la cola de la bodega. Nunca más volvería a entrar en un estudio de la televisión o de la radio para dialogar «en vivo y en directo» con cientos de participantes. Mónica con C dejó de existir para convertirse otra vez en Monika con K: una pequeña diferencia involucrando cambios como los del día a la noche.

La metamorfosis de cabeza de leona a rabo de ratona acababa de producirse. Una terrible ambivalencia de sentimientos se apoderó de mí, y al pasar

de la guagua al avión ya empecé a sentir una nostalgia por la Isla que hoy, casi siete años después de mi salida, aún no me ha dejado. Creo que nunca me abandonará. Sigo soñando en español y en alemán. Cuando converso con mis hijos, mezclamos ambos idiomas, saltando de uno a otro sin darnos cuenta. Amigos que de vez en cuando presencian estos encuentros, se quedan atónitos, no pueden entender el cambio tan radical, tan mágico que se observa en nosotros cuando cambiamos de alemanes a cubanos, cuando del lenguaje pausado, bien articulado, que no permite ni muecas ni la participación de brazos y piernas para establecer una comunicación entendible, caemos en nuestro «cubaneo», aumentando el volumen de voz y la velocidad como si fuéramos ametralladoras parlantes, acompañando nuestras verborreas con movimientos de todo el cuerpo.

La más insignificante noticia de Cuba provoca sueños nocturnos intensos. Despierto agotada, sudando, a veces llorando, a veces riendo y con alivio digo: sólo son sueños. Me levanto y bajo la ducha termina el cambio de ciento diez vatios a doscientos veinte. Y salgo al trabajo hecha una alemana de pies a cabeza como si Cuba nunca hubiese existido en mi vida. Pero la Isla es un fenómeno omnipresente. En el momento menos pensado se apodera de mí, me tortura, me persigue, me da alegría y tristeza a la vez, ejerce sobre mí un encanto que me permite entender ahora la actitud vacilante de los españoles-cubanos: si me muero en La Habana, que me entierren en Madrid y si me muero en Madrid, que me entierren en La Habana.



Carlos Alfonzo. De la serie *Habitual*. (1990)